Conclusiones generales

Ana María Salazar de la Guerra

El cambio climático en África

Tras leer los diversos trabajos que componen este volumen, el cambio climático en África es en mi opinión uno de los problemas más graves presentes y futuros, por lo que merece que se le de un énfasis adicional, como se dio al tema de la mujer y su relación con la economía y los conflictos. El cambio climático afecta a la vida de las personas, producirá un cambio en el modelo social conocido hasta hoy, y transformará profundamente el continente africano. Según todos los estudios de los expertos en la materia, los espacios habitados hoy, en un porcentaje alto, por desertización, lluvias torrenciales y otros fenómenos que se producirán, serán en un par de décadas espacios no aptos para ser habitados por el hombre. La escasez de suelo con condiciones de habitabilidad provocará movimientos migratorios forzosos, los denominamos desplazados medioambientales, desplazados en definitiva generados por los desastres y en gran medida por la conducta irresponsable y cortoplacista de los países desarrollados.

Según ACNUR, hay más de 22 millones de refugiados y 30 millones de desplazados internos dentro de las fronteras de sus Estados. En los últimos años, los desastres naturales han producido más refugiados que las guerras y los conflictos armados. Estimaciones del Panel Intergubernamental del Cambio Climático aseguran que la cifra de personas despla-

zadas por cambio climático podría alcanzar 150 millones de personas en 2050, lo que provocaría un impacto en la movilidad humana y en los patrones de migración, concluyen los expertos que entre el 90 a 99% del calentamiento global lo origina la acción humana.

La gran concentración de población en el medio urbano, hace que África sea un continente muy vulnerable, por lo que las consecuencias de los desastres naturales, son más graves que en otras regiones del mundo. De no rectificase las tendencias actuales, el cambio climático puede poner en peligro entre 80 y 120 millones de personas. El cambio climático y su efecto crítico sobre los movimientos de población, se verá progresivamente ratificado como motor de desplazamiento, provocando movimientos de población más grandes y complejos, generando, como consecuencia, un movimiento migratorio sin precedentes.

Los estudios estadísticos actuales sobre desplazados medioambientales, no pueden considerarse muy concluyentes en cuanto al número de personas que pueden ser desplazadas por el cambio climático. La elaboración de predicciones más sólidas requerirá de un mayor perfeccionamiento en el análisis que permita superar las limitaciones existentes en la actualidad y para ello se precisará de una metodología distinta, donde se establezcan los enunciados que definan con mayor rigor el nexo causal directo entre cambio climático y migración forzosa. La Comisión Europa apoyó el proyecto sobre el cambio medioambiental y los escenarios forzosos para evaluar el impacto del cambio medioambiental sobre las migraciones a nivel local regional e internacional que ha resultado ser uno de los estudios más completos en este campo. Sin embargo, son insuficientes y se necesita una mayor profundización por varios motivos: En primer lugar, se avanzaría más si se integrasen los factores medioambientales en los estudios sobre las migraciones, convirtiéndose en un ámbito transversal dentro de los mismos; en segundo lugar, la ausencia de una clara definición de los desplazados medioambientales.

A pesar de no existir una definición exacta, sin lugar a dudas, lo más importante es saber si las personas desplazadas tienen necesidad de protección internacional y sobre qué premisas esta necesidad se convertirá en la titularidad de un derecho positivo. Los desplazados están habilitados para disfrutar del conjunto de los derechos civiles, políticos, sociales y culturales recogidos en los tratados de derechos humanos y en el derecho internacional. Hasta el día de hoy, sin embargo, estos desplazados por el cambio climático no han sido todavía reconocidos por el derecho internacional como un grupo identificable cuyos derechos están expresamente articulados. Por tanto, existen limitaciones significativas en el derecho internacional a la hora de responder a las consecuencias sufridas por los desplazados a causa del cambio climático. A pesar de la existencia de limitaciones ya se han dado algunos pasos para tener, a partir de los instrumentos jurídicos internacionales existentes, la protección de

los derechos humanos relacionados con fracturas medioambientales. No cabe duda que los impactos medioambientales del cambio climático vulneran el disfrute de los derechos humanos en las regiones afectadas. El estado debe proteger y asegurar estos derechos, ya que muchos de ellos son aplicables a los desplazados medioambientales, como, por ejemplo, el derecho a la vida o el derecho a la nacionalidad.

La jurisprudencia internacional ha mostrado su apoyo a la preservación del medio ambiente. En este sentido, la Corte Internacional de Justicia ha reconocido la importancia que tiene la protección del medio natural, amenazado diariamente, para el progreso de la especie humana. Por tanto, el principio de responsabilidad internacional plantea que cada estado que no consiga llevar a cabo una acción efectiva para reducir su contribución a la amenaza del cambio climático pueda ser considerado responsable por el resultado nocivo sobre los derechos humanos. Se podría decir, por tanto, que de confirmarse las previsiones actuales sobre el impacto del cambio climático en las poblaciones, existiría una clara amenaza de incumplimiento de los derechos humanos, siempre y cuando no se modificase el marco jurídico actual. El cambio climático, compromete seriamente la capacidad de respuesta de los estados, las regiones o las instituciones locales en todo el mundo y como lógica consecuencia, se prevé que los aspectos medioambientales se conviertan en un motor cada vez más importante de los conflictos futuros.

En este punto, se plantea otra cuestión: ¿Qué hacer con los desplazados medioambientales? Las alternativas son múltiples pero la urgencia de actuar y avanzar en la protección de los derechos humanos y de la figura del desplazado medioambiental se ha asentado en el debate nacional e internacional. Se han multiplicado las iniciativas en todo el mundo que intentan movilizar a los gobiernos y a la sociedad para abordar el cambio climático. Muchas de estas organizaciones despliegan sus actividades en ámbitos locales, pero sus reivindicaciones se conectan con el ámbito internacional por su defensa a la hora de vincular los derechos humanos con la lucha contra el cambio climático.

En noviembre de 2000, se celebró, en La Aldea, la primera cumbre de la justicia climática. Desde entonces, el movimiento mundial por la justicia climática ha crecido y evolucionado. Al ser la población consciente del hecho tan grave que resulta el cambio climático, este se ha convertido en un ámbito de prioridad en la agencia política en estos últimos años. La comunidad internacional está empezando a enfrentarse al cambio climático con el objetivo de frenar sus causas y consecuencias mediante una estrategia de adaptación y mitigación, orientada a reducir los gases de efecto invernadero, y una apuesta por la resiliencia, entendida como la capacidad de los sistemas naturales o humanos para sobrevivir a cambios importantes.

La mayoría de los estados comprometidos a reducir sus emisiones en el protocolo de Kioto, están también obligados a promover la aplicación de los principios de derechos substantivos y procedimentales en las negociaciones internacionales del cambio climático. Sin embargo, la ausencia de un sentimiento de urgencia y la dificultad para crear un futuro sostenible, no puede explicar la pasividad mostrada hasta el momento por los posibles países emisores y receptores de los desplazados medioambientales. Por otro lado, el cambio climático y el volumen de recursos destinados a luchar contra sus efectos perniciosos, en el seno del convenio de las naciones unidas mencionado y su protocolo de Kioto, representa una oportunidad para avanzar en el cambio de modelo de desarrollo económico, pues este modelo amenaza con convertirse en insostenible.

En Río+20, última cumbre antes de la fecha final de los Objetivos del Milenio en el 2015, se ha concluido que el desarrollo sostenible, es la única forma de seguir construyendo un futuro común, donde se producirá una reducción de los recursos naturales, y la población experimentará el mayor crecimiento en la historia de la humanidad.

La situación de los desplazados por el cambio climático exige una sensibilización pública, el compromiso de las autoridades para profundizar sobre una cuestión que las próximas décadas se situará en el primer plano de la agenda política nacional e internacional.

En el continente africano, lejos de pronosticar austeridad y recortes en las ayudas destinadas a la Cooperación al Desarrollo, se verán incrementados necesariamente estos fondos, para paliar las consecuencias que los efectos del cambio climático ocasionarán. Se deberán acometer importantes proyectos de ingeniería y grandes inversiones en obra pública y privada, que permitan mantener las condiciones mínimas de habitabilidad en las zonas más afectadas por los daños que causará sin duda el cambio climático. La cooperación internacional deberá reforzar la capacidad institucional local, trabajar en programas de buen gobierno, potenciar el conocimiento y los recursos humanos y financieros, así como poner en marcha programas de sensibilización con las poblaciones locales, frente a cambios que parecen inevitables.

Hay que tomar medidas, que traten de abordar todos los aspectos relevantes para mitigar los riesgos de desastres. Es fundamental el establecimiento de mecanismos y procedimientos a llevar a cabo, además, ser capaces y tener la voluntad política para perseguir a los responsables, ya que, de no ser así, el mundo vivirá una época de cambios sociales, económicos y naturales jamás experimentados por la historia de la humanidad.

Conclusiones

Los conflictos en el África subsahariana tienen causas profundas, algunos legados del colonialismo, como la falta de coincidencia entre *nación*

y *estado*, tensiones étnicas y la supresión de las minorías. A ello, hay que añadir regímenes corruptos y dictatoriales. El hecho es que una sucesión de guerras civiles y regionales en el África subsahariana ha destruido las estructuras nacionales en un alarmante número de países (Malan 2005). Los problemas son muchos y las soluciones complejas. Tras examinar numerosos factores que pudieran afectar al futuro de esta región, esencial para la seguridad de nuestro país, las tendencias de los indicadores son en general negativas.

La ecofrontera, y su continuo desplazamiento hacia el sur, el cambio climático que no solo agravará los actuales casos de conflicto, sino que generará nuevos casos y el importante crecimiento de la población, serán factores críticos de riesgo en el año 2035 en el continente africano. A las anteriores cuestiones se suma el debilitamiento de los Estados. La fragilidad de un Estado se puede detectar por indicadores de debilidad de las instituciones políticas: colapso del Estado, pérdida del control territorial, escasa capacidad administrativa, inestabilidad y violencia política severa, conflicto, corrupción generalizada y escasa aceptación del Estado de Derecho.

Cuando un Estado es débil, favorece la aparición de conflictos armados, lo que conlleva en muchos casos, las intervenciones militares en sus fronteras, creando auténticas regiones donde el conflicto perpetúa en el tiempo, favoreciendo las actividades terroristas, así como la actividad delictiva del crimen organizado con total impunidad. En estos casos, las políticas de fortalecimiento del Estado pueden jugar un papel determinante para modificar esa tendencia negativa. Particularmente a través de un buen gobierno y una distribución equitativa de las riquezas que pueden producir los abundantes recursos minerales y energéticos que tiene en su subsuelo. Si no se apoyan medidas correctoras, con el adecuado empleo del *Smart Power* por parte de los países europeos y africanos que se pueden ver más afectados (Italia-Francia-España y Argelia-Libia-Nigeria), la situación se enquistará y se proyectará hasta 2035.

Si hubiese un acuerdo internacional unánime y los países que hoy son las grandes potencias adoptasen actitudes proactivas, podríamos aventurarnos a decir que el panorama 2035 en África mejoraría. Lamentablemente, las tímidas reacciones de la comunidad internacional son de naturaleza más teórica que práctica. Actitudes como las anteriores, han dado lugar a que países como Libia, se hayan convertido en un estado fallido, circunstancia absolutamente inesperada.

África debe acometer una auténtica revolución en políticas públicas: sanidad, formación, agricultura, explotación ganadera, aprovechamiento de los recursos hídricos, diversos aspectos de seguridad y desarrollo social. Se trata de elementos claves para la evolución de África. El continente africano debería tomar como modelo a países que, en condiciones

adversas, han sido capaces de aprovechar sus fabulosos recursos y repartir las ganancias que de ellos surjan de modo justo y equitativo entre el conjunto de la población. Además debería tratar de superar adecuadamente los retos a los que los fenómenos naturales someten a África una y otra vez.

Lamentablemente en África, se cumple la máxima, de que la abundancia de uno o varios recursos estratégicos en un territorio determinado es fuente de conflicto. No ocurre lo mismo en países desarrollados, donde ante el hallazgo de recursos naturales de gran valor, se incrementa la riqueza y la calidad de vida de la población sin generar conflictos. Las guerras por los recursos, son especialmente probables en aquellos países que se dedican de un modo casi exclusivo a la explotación de un recurso estratégico que abunde en su territorio mientras que, la diversificación de las actividades económicas disminuye esta posibilidad de conflicto.

Conforme el agotamiento progresivo de las reservas petroleras de Medio Oriente sea un hecho evidente, se puede producir el progresivo traslado de la cuota de poder, desproporcionado a todas luces, que los grandes exportadores de la zona disfrutan, a los principales proveedores africanos. Quizás no sea tan descabellado pensar en Nigeria y Angola como los Irak o Emiratos árabes del futuro o en Guinea Ecuatorial como el Catar de ese mismo período. Que no se produzca paralelamente el desplazamiento del principal foco de la conflictividad mundial al golfo de Guinea o al resto del África Negra depende esencialmente de la gestión que hagan las autoridades africanas de las nuevas riquezas.

África puede volver a verse perjudicada por una dualidad de hechos aparentemente incoherentes. La disminución de la demanda de algunos de los recursos que las naciones africanas necesitan exportar para su mera supervivencia y segundo, ante la posible relajación de las barreras éticas en esta situación de crisis, tanto de las empresas como de las naciones importadoras.

El establecimiento de empresas de ámbito internacional en la región se sitúa en cotas nunca antes alcanzadas. Las relaciones tradicionales con las antiguas metrópolis coloniales están en fase de redefinición ante la irrupción muy vigorosa de nuevos actores que, sin complejos, buscan posiciones de ventaja en la comercialización de esta reserva estratégica mundial. En definitiva, todo apunta a un protagonismo regional creciente en el escenario internacional, por ejemplo, Nigeria y Sudáfrica se situaron en 2010 en un modesto puesto nº 37 y 38 de los exportadores mundiales de mercancías, pero experimentando respecto al ejercicio anterior un aumento del 49 y 33% respectivamente, se situaron entre los valores más altos del mundo.

La condición de última reserva estratégica ha sido especialmente advertida por las naciones que se encuentran en la situación de deman-

dar una cantidad de recursos vitales como no lo han hecho antes en su historia. China, la India, Brasil y la propia Sudáfrica, aspiran a suplantar a las potencias tradicionales y han fijado a África como una de las principales fuentes de obtención de recursos para su definitivo despegue. Todas ellas sujetas en su día a la colonización de las potencias europeas, desarrollan con facilidad una suerte de solidaridad con las naciones africanas, estas mediante un fenómeno de mimesis, en este caso positiva y no antagonista (Girard 1984). En cierto modo, proyectan sus deseos a través del éxito creciente de China, por ejemplo, que es capaz de competir en condiciones de igualdad o superioridad en los mercados e incluso el panorama estratégico con sus antiguas potencias coloniales, también antaño de las naciones africanas. Es cierto que en determinados países africanos se está experimentando una cierta prosperidad económica pero fundamentalmente ligada a la exportación de petróleo. En Nigeria o Angola, e incluso Guinea Ecuatorial, este crecimiento se ha incrementado en los últimos años, frente al estancamiento general sufrido por el continente en la década de los 90.

La escasa integración del sistema financiero africano en los mercados internacionales ha sido su gran protección ante la crisis que estamos viviendo. También favorece la recuperación que se está viviendo en algunos países africanos la deslocalización de numerosas empresas en pro de nuevos países donde la mano de obra sea más barata. Igualmente, cabe afirmar que los efectos de la crisis económica y financiera internacional que estamos viviendo, aún no se han manifestado en África en el sector privado. La demanda de materias primas no ha disminuido de forma significativa pero no cabe duda que si la crisis se convirtiera en depresión y se prolongara un cierto número de años, finalmente la producción industrial caería, y con ella las materias primas utilizadas en sus procesos, generando una demanda menor a la actual.

Teniendo en cuenta que los principales destinos de las exportaciones africanas, a pesar de las apariencias, siguen siendo los países de la UE, especialmente afectados por la crisis, y los Estados Unidos, este escenario entra dentro de lo probable. Los otros grandes clientes africanos, con China en cabeza, al fin y al cabo basan su economía en sus exportaciones, que en caso de depresión también decrecerían ralentizando a su vez sus cifras de crecimiento y probablemente su necesidad de materias primas. En este sentido, el análisis de cómo las grandes empresas internacionales contemplan la realidad africana no debe de detenerse solo en la citada vertiente de mayor facilidad y ventaja comparativa con otras localizaciones para operar, maximizando sus beneficios respecto a otras zonas en el planeta. La posibilidad de realizar grandes inversiones en territorios en conflicto, o con perspectivas razonables de caer en él, es una opción cada vez menos atractiva (Bannon y Collier, *Natural Resources and Violent Conflict* 2003).

La conclusión no puede ser más clara. África y las empresas internacionales se necesitan mutuamente, por lo que deben de abandonar de un lado las tendencias depredatorias y de otro el uso de eslóganes y visiones populistas heredadas aún en gran medida de la época colonial y de los períodos de emancipación.

Las grandes carencias en materia de buen gobierno que aún afectan a numerosos gobiernos de la zona, facilitan por ejemplo, la relajación de las imprescindibles medidas medioambientales que han de acompañar a las explotaciones de hidrocarburos o mineras así como las medidas de retorno tecnológico que se ven disminuidas como consecuencia del débil tejido industrial de muchas de estas naciones. No olvidemos los frecuentes casos de corrupción a gran escala que impiden que los ingresos que la nación obtiene, tengan la distribución deseable en el conjunto de la población (Alao 2007).

El otro gran tema relacionado con las herramientas internas en manos de los gobiernos regionales es la corrupción y la lucha contra ella. La percepción que de ella tienen los habitantes de los distintos países es muy variada en estos momentos. Junto a porcentajes tan elevados como el 88% de los encuestados en Senegal, que perciben que la corrupción ha aumentado en los últimos tres años, el 73% en Nigeria o el 67% en Zambia y Uganda, se encuentran naciones en las que se observa una clara mejora.

Esto demuestra que un cierto número de estados africanos está afrontando con éxito la lucha contra la corrupción. De su drástica disminución y de la mejora sustancial del reparto de la riqueza nacional, alimentada en buena parte por la exportación de recursos estratégicos, depende en gran medida el futuro de África Negra. Un liderazgo político todavía deficiente, con una mentalidad que no es de servicio a los ciudadanos sino de provecho personal de su privilegiada posición, es aún frecuente en la región.

En otro orden de cosas, la práctica totalidad del continente ha sido tradicionalmente beneficiaria de la Ayuda Oficial al Desarrollo. Si esta vía de obtención de recursos se ha mantenido razonablemente estable durante la segunda mitad del siglo XX, en 2007 ha experimentado el primer descenso en 2007. De esta forma, países como España, que han sido afectados gravemente por la crisis económico-financiera y por los recortes, el presupuesto destinado a la Ayuda Oficial al Desarrollo en 2011 ha descendido un 40%.

Las guerras en África ya no son de características principalmente tribales sino que son producto de una realidad muy compleja en la que además de los propios actores locales, intervienen terceros Estados, organizaciones internacionales y grandes empresas (de Sebastián 2006).

Los motivos religiosos están muy presentes aún, como ha sido el caso del largo enfrentamiento entre musulmanes y cristianos en Sudán. La

expansión del islam en su frontera sur es uno de los acicates de este tipo de enfrentamiento, con las actividades en Nigeria del grupo yihadista Boko Haram como una de las principales fuentes de inestabilidad en la zona. También hay que nombrar las actividades del Ejército de Resistencia del Señor (LRA), grupo terrorista que practica una especie de yihadismo cristiano, en el que imita las motivaciones y métodos de aquellos con el objeto de establecer una sociedad regida estrictamente por los mandamientos cristianos.

¿Despegue de África o conflicto y subdesarrollo? Los diferentes países, aunque disponen de un buen número de características más o menos comunes, no son iguales al igual que no lo es la disposición de la naturaleza de los recursos energéticos, minerales, madereros o del agua.

Solo el riesgo de crisis alimentarias sostenidas con las inevitables subidas de los precios o una confirmación plena del cambio climático, que pueda dañar la disponibilidad de agua o de tierras de cultivo, puede provocar conflictos regionales que conlleven grandes catástrofes humanitarias o el desplazamiento masivo de poblaciones. La pelota está, con las citadas excepciones, más en el alero de las élites africanas de las que proceden los dirigentes de las distintas naciones. Estas son las poseedoras en su mayor parte de importantes riquezas naturales, apetecidas por las grandes y medianas potencias del resto del mundo.

El desgobierno, el sectarismo y la corrupción son los grandes enemigos de esta posibilidad ya que hacen posible las malas prácticas de otras empresas y naciones foráneas. Aquellas naciones que sepan disponer de ellos y gestionar de un modo razonable sus recursos, aunque amplios, son finitos, posiblemente lograrán incorporarse a unas vías de mejora y desarrollo esperanzadoras.

Hasta dónde puede llegar cada una de las naciones de este modo es difícil de aventurar a largo plazo. Sin embargo es fácil intuir que aquellas otras que no sean capaces de recorrer este camino, de jugar adecuadamente la baza de sus recursos, muy posiblemente pierdan para siempre el tren del desarrollo y volverán a caer en una situación neocolonial de facto en la que las potencias demandantes de sus recursos los obtengan ventajosamente a cambio de casi nada y la distancia en el nivel de desarrollo entre unas y otras naciones y regiones aumente todavía más hasta hacerse definitivamente insalvable.

Conservación y paz

En el proceso de desarrollo africano compiten por los recursos naturales dos tipos de estructuras, las internacionales comerciales unidas a los gobiernos, y el mundo rural que subsiste, las comunidades locales. Esta confrontación parece inevitable. Si África ha de desarrollarse y salir de la

miseria es necesario que crezca. Este crecimiento requiere inversión, y la inversión solo puede venir de manos extranjeras. Así pues, es necesario ceder, dar algo a cambio, lo que corresponde serían los recursos naturales.

Existe un camino en el cual podemos no prescindir de ascender por la escalera de la prosperidad. El principio de subsidiaridad y participación muestran el camino.

No es necesario expropiar nada. Basta con crear un mercado local para que las comunidades puedan plantar aceite de palma y se les compre. Eso sí, hay que dotarlas de tecnologías apropiadas y conocimientos. En este contexto sería beneficioso que vinieran las empresas extranjeras a comprar los productos que haga la gente.

El camino no es sencillo. Confiar el desarrollo de un país a comunidades sin educación y sin capital, parece una tarea casi imposible. Y quizá lo sea si las dos partes, inversor y comunidad local no son capaces de trabajar juntos. Parte del reto está pues de nuestro lado. ¿Es posible crear modelos de explotación sostenible en el plano ambiental, social y económico? Para ello necesitamos que no solo los dirigentes africanos lo quieran sino que nuestro consumo lo sea también. Tenemos que exigir que las inversiones en África se hagan mediante criterios de responsabilidad en estos frentes, criterios que a su vez puedan ser conocidos por el consumidor.

Sin embargo, la mayor presión sobre los recursos naturales africanos no viene de parte de los europeos sino que viene de países como China, India o Arabia, probablemente más renuentes a aceptar estas premisas. En un escenario no muy lejano, en 2035 como se propone en este trabajo, quizá la situación se haya agravado. Por una parte, la adquisición y con ello, los conflictos entre el ámbito gubernamental y el mundo rural africano. Este a su vez habrá continuado su ascensión por la escalera del bienestar en parte, lo cual traerá más educación y más conciencia, y con la conciencia vendrá la exigencia de parar las enajenaciones de tierras y la destrucción de los recursos naturales.

De esta forma es posible que una exigencia básica de justicia ambiental no atendida, sea una futura causa de conflictos entre el gobierno y los inversores de una parte –especialmente los países asiáticos emergentes– y unas comunidades aliadas que podrán encontrar apoyo en movimientos de base con elementos revolucionarios de carácter fanático religioso islamista.

Esta situación podría estar alimentando la extensión de lo que algunos llaman *la guerra contra el terror*. Occidente apoyando a gobiernos africanos que luchan contra el mundo rural desposeído apoyado por radicales islamistas que utilizan los atentados como respuesta a la asimetría de potencia militar. A este escenario se le puede añadir la probable subida de los precios de la energía y los alimentos.

Como región, África necesita para prosperar que se creen asociaciones regionales que le permitan operar en condiciones más óptimas y adquirir una voz mayor en los foros globales y aprovechar la oportunidad que ofrecen las economías emergentes.

Actuar sobre estas necesidades e implementar las recomendaciones de este trabajo solo será posible si existe un verdadero y genuino compromiso de los líderes políticos y los que toman las decisiones.

Migraciones en África subsahariana

En 2035 aumentará la movilidad y el desplazamiento dentro del continente Africano como opción vital, con independencia de que las circunstancias políticas, económicas y sociales sean adversas. Las migraciones son un proceso selectivo en sí mismo. Esa selección será la que marque los flujos migratorios internacionales extracontinentales e intracontinentales. La inestable situación económica africana provocará un aumento de la migración circular hacia áreas o regiones sin vínculos de ninguna índole con el país de origen, perdiendo protagonismo los flujos migratorios entre países vecinos. El África subsahariana, aun cuando oriente cada vez más su emigración hacia otros continentes por la falta de perspectivas locales, registrará transferencias internas o interafricanas, predominando lo que se ha denominado migración horizontal.

Hay una clara tendencia al incremento de la feminización de la inmigración, fundamentalmente de grandes talentos, y se mantendrá un ritmo también creciente de la inmigración femenina de supervivencia.

Los fenómenos climáticos extremos, los desastres naturales y los ataques a la soberanía alimentaria de determinadas regiones justificados por intereses espurios del primer mundo, van a incrementar aún más la crisis de los desplazamientos en el África subsahariana.

La consolidación y coordinación de los procesos regionales de integración provocará que se abandonen medidas, programas y planes improvisados y que se avance hacia una gestión institucional y pública de las migraciones mucho más adecuada a la idiosincrasia del subcontinente subsahariano. De no ser así y de continuar, tan solo a través de medidas asistenciales de emergencia, se evitará que el fenómeno migratorio colapse el continente Africano debido a un agotamiento y un importante desarraigo de los ciudadanos por su país de origen.

Debemos apuntar que en 2035, cerca de 100 millones de personas en el mundo, serán desplazados medioambientales, de los cuales un importante porcentaje son africanos subsaharianos.

África es el continente más vulnerable a la escasez de agua. Hoy en día todavía existen en el mundo 1.200 millones de personas sin acceso al agua

potable, y tan solo el 61% de los habitantes de África subsahariana, tiene acceso a fuentes mejoradas de abastecimiento de agua. Es significativo que de acuerdo con el programa para el medio ambiente de la ONU, una buena gestión del agua de lluvia que cae en el continente africano al año podría abastecer de agua potable a 13.000 millones de personas, casi el doble de la población del planeta. Los movimientos de personas ocasionados por el cambio climático en las próximas décadas, serán más complejos y provocará movimientos de población muy grandes. Sin entrar en la delimitación de desplazados medioambientales o refugiado climático, no cabe la menor duda que en África se convertirá en una de las causas más graves y amenazantes de ataque a los derechos fundamentales del hombre. El ser humano necesita unas condiciones climáticas y en África, las condiciones de las poblaciones indígenas y las nómadas estarán muy afectadas.

De no frenar el deterioro que causará el cambio climático en África, podemos afirmar que estallará una crisis sin precedentes para la que posiblemente los Estados no tengan respuesta. Esto cobra una importancia crítica al estar íntimamente relacionado con la generación de conflictos futuros y fuente de tensiones sociales, ya que la unión del cambio climático con la seguridad es y será aún más intrínseca.

Para los próximos 30 años, se prevé un aumento espectacular de la población, especialmente en África. Esto, junto con la subida de precios sin precedentes en los alimentos, hace anticipar que para el horizonte 2035, la adquisición de tierras cultivables provoque grandes tensiones en el continente y esto genere conflictos violentos. Estos conflictos ya existen hoy en día ya que se están produciendo importantes tensiones por desplazamientos masivos forzados de población, por la presión de los gobiernos, de dar acceso a tierras cultivables a actores ajenos a la población autóctona que las explotaban con carácter comunal.

El creciente fenómeno de adquisición masiva de tierras cultivables es especialmente llamativo en África, que se atribuye el 65% de las operaciones de esta naturaleza registradas en la actualidad. La tendencia permite decir que este fenómeno de acaparamiento de tierras cultivables por parte de grandes corporaciones internacionales continuará creciendo en África. A esto coadyuva la debilidad de algunos gobiernos y los fenómenos de corrupción de los mismos, como es el caso de la República Democrática del Congo, Camerún, Zambia, Mozambique y Etiopia. La amenaza para la seguridad alimentaria en África está asegurada.

Uno de los principales actores para el futuro de África es sin duda alguna la mujer. Su papel actual en el desarrollo económico del continente es cada vez más importante aunque no se reconozca públicamente por razón de la idiosincrasia de las sociedades africanas. La mujer en África desarrollará en los próximos años el 80% del trabajo y producirá cerca del 90% de la producción en el sector de la alimentación.

Pero esta aplastante realidad, tiene el difícil reto futuro de superar las dificultades y asumir de forma visible una posición de liderazgo en el desarrollo económico a lo largo de todo el continente. Un importante papel que la mujer deberá alcanzar en África para los próximos años, es su rol, en la resolución de conflictos y en el mantenimiento de la paz, pero esto lleva un cambio de posición en la política de prácticamente todo el continente. Es importante y muy esperanzador, el acuerdo de la Unión Africana de 2004, aunque la realidad demuestre que se está muy lejos de los objetivos de participación de la mujer en la vida política.

El activo fundamental que supone la mujer en África, tiene sin embargo serias amenazas. Actualmente la mujer tiene un nivel de formación menor que el hombre, y el nivel de escolarización de las niñas, sigue siendo 10% menor que el de los niños. Además, la mujer africana sigue viviendo la violencia de género y las violaciones forzadas, tan solo 21 países del África subsahariana tienen leyes contra la violencia conyugal.

Si en el futuro la mujer africana no conquista una mayor presencia en la política, seguirá sufriendo la violencia desde la niñez, la violación sistemática de los derechos humanos, siendo víctima de violaciones, mutilaciones, embarazos no deseados, así como matrimonios con menores de edad, causando vejaciones que las destruyen e inhabilitan para una vida normal.

África sigue y continuará viviendo conflictos armados. En la última década más de un tercio de los conflictos armados del mundo han tenido lugar en su territorio. El uso de la mujer como arma de destrucción por parte de guerrillas o gobiernos, va en aumento en África, ya que a través de su estigmatización social, debida a los abusos físicos, violaciones y mutilaciones, se garantiza, quienes los usa, la destrucción silenciosa de las sociedades a través de la condición de miembro inmoral en la que convierten a las mujeres y niñas vejadas.

La violencia y destrucción moral de la mujer en la sociedad africana es muy efectiva para la destrucción de comunidades enteras. Actualmente, de los 300.000 niños participantes en conflictos armados, unos 100.000 están en África. De estos, el 40% son niñas, que además de su condición de soldados, son esclavas sexuales de los grupos armados a los que pertenecen. Actualmente, la guerrilla que controla el coltán en el Congo, utiliza esta práctica de forma masiva, para desplazar a las comunidades donde existe el recurso mineral.

Si África no supera esta atrocidad, en 2035, las sociedades matriarcales, que han dado sustento a la sociedad, estarán desaparecidas en los países en conflicto. Y sin duda, no se alcanzará desarrollo sin sociedad, será otra forma de agrupación que aún no conocemos.